

Queridos hermanos,

hemos escuchado otra vez, en una de las epístolas de San Pablo, el grande misterio de nuestra fe: la resurrección de Jesús.

Nosotros creemos que **Jesús ha muerto y resucitado también.**

Después, el apóstol dice: **de la misma manera, nosotros también, después de morir estaremos junto a Él.**

Entonces, la muerte y la resurrección de Jesús pertenecen al creyente, hacen parte de su vida y la modelan. Porque el fiel es el que participa a esta muerte y resurrección.

La gracia y los sacramentos, que el Señor ha querido donarnos a través de la celebración de lo misterios de nuestra fe, son los ritos, las oraciones, los medios sobrenaturales por los cuales somos llamados a morir y resucitar con Él.

Morir en este mundo en la vida vieja, negativa, marcada por el mal, el pecado, el límite, para resucitar a la vida nueva, la que nos ha enseñado Jesús, la que nos ha donado Él a través de la gracia.

Y después de la muerte, participar a la vida gloriosa en el cielo, porque hemos vivido en comunión con el Señor.

**Todo el tesón de nuestra vida debe ser una existencia en comunión con Jesús.**

No se trata de tener esquemas morales o ideales, o de tener sólo objetivos racionales o metas que afectan sólo una parte de nuestro existir.

El único verdadero objetivo que debemos tener es vivir juntos a Jesús, porque la vida de un creyente es una vida en Jesús, con Jesús, por Jesús.

Como se declara también en la Eucaristía: “Por Cristo, con Cristo y en Cristo”.

Nuestra vida es un proceso de transformación radical, que empieza el día del Bautismo y se concluye al final de los tiempos con la resurrección de nuestro cuerpo mortal.

En esta visión la muerte no nos debe preocupar.

San Pablo en efecto, escribiendo a los Tesalonicenses, dice justo: **nosotros queremos que no os entristezcáis acerca de los que duermen, porque ellos viven y vivirán en Jesús, si han tenido fe.**

Sólo quién que no creen en la resurrección, sólo quién que está pegado a este mundo, sólo quién no cree que la vida continúe, se aflige.

Por cierto, falta la presencia de la persona amada, querríamos quedarnos con las personas amadas y es justo recordarlas y tener añoranza de su presencia, pero no debemos apenarnos.

Porque ellas **viven**, simplemente nos han precedido y **nos esperan.**

Y un día volveremos a encontrarnos.

Intentemos entonces de encontrarlas en la caridad de Cristo, para descubrimos todos juntos en Él.

Alabado sea Jesucristo.